El Eco de Cartagena

Año XXXII DECANO DE LA PRENSA LOCAL Núm. 9108

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas Tres meses, 6 íd.—**Provincias.**—Tres meses, 7'50 íd.—**Extranjero.**—Tres meses, 11'25 íd.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

—CONDICIONES—

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en Paris, A. Lorette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montma tre, 31, y en Lóndres. Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 21.—

MIERCOLES 9 DE MARZO DE 1892

COLABORACIÓN INÉDITA

DESDE PARIS.

La caida del anterior ministerio, el discurso del presidente del nuevo, Mr. Loubet, y la última enciclica de Su Santidad, mantienen aun viva la discusión religiosa.

Es esta una de las que más enérgicamente irritan los ánimos y encrespan las pasiones.

En los pasillos de la Cámara, en los circulos, hasta en las cervecerías, discútese acaloradamente sobre las ventajas é inconvenientes de la separación de la Iglesia y del Estado.

La cuestión de la supremacía de una de ambas potestades sobre la otra, de subordinación de la Iglesia al Estado, ó vice-versa, es dificilísima, casi insoluble racionalmente, en la actualidad.

Napoleón I, Luis XVIII, Carlos X, Luis Felipe y Napoleón III, preocupáronse de ella y la abordaron cada uno á su modo, sin que ninguno pudiera lograr una solución.

Lo único, hasta ahora, adelantado, es la templanza con que se va sustituyendo el encono que antes suscitaban estas, polémicas

Influye en tal transformación el gran espíritu de León XIII que anteayer llegó á los 83 años de su vida y 15 de su reinado la más grande personalidad de Europa, desde que murió Guillermo I.

La sabia tolerancia de Su Santidad, favorece más á la Iglesia que la intransigencia, ya verdaderamente «de placé» de muchos de sus fieles.

***

Entre la colonia española se ha comentado amargamente un telegrama de Madrid que ha publicado uno de estos grandes diarios.

El corresponsal del periódico francés dice que varios maestros de una provincia castellana, han dirigido una exposición al Ministro de Fomento—al de Instrucción Pública dice el corresponsal—suplicando el pago de ocho meses de atrasos que de no ser pagados inmediatamente obligarán á aquellos á abandonar la enseñanza.

Mientras ahí lamentan Vdes. la indiferencia de las autoridades que dejan morir de hambre á los maestros, sin pasar nunca de esas lamentaciones inútiles; aquí la actividad particular funda sociedades cuyo fin es la ilustración general, y el desarrollo del amor al estudio.

Acabo de recibir una invitación para asistir el día 7 á la asamblea general de «La Alianza Francesa,» que presidirá Mr. Etienne y se celebrará en el hermoso anfiteatro de la Sociedad de Geografía.

¿Cuando tendrá un «anfiteatro» así, ni siquiera un «anfiteatro segundo» nuestra Sociedad Geográfica, tan humildemente instalada en una casa de alquiler de la calle de Jorge Juan, de Madrid?

El objeto de «La Alianza Francesa» es la propagación de la lengua francesa en el extranjero.

¡Cualquier dia se funda otra con fin análogo en España!

***

Sin embargo no son todo tortas y pan pintado, en esta enloquecedora sociedad francesa.

A la par que la ilustración y que el «sprit,» crece lozana y se desarrolla terriblemente la inmoralidad.

El vicio es en Paris un torbellino inmenso que destruye todas las energias y atrófia en dos meses un organismo joven y fuerte, destrozándole la médula y secándole el corazón.

La tranquila vida del hogar es aquí casi desconocida.

En la clase obrera y en la media el marido sale por la mañana para el taller ó la oficina; la mujer para el obrador ó para el comercio: uno y otra comen en el restaurant más próximo al punto de trabajo y no se encuentran sino por la noche.

(La clase aristocrática, hace aquí lo que ahí, lo que en todas partes: Mr. y Mme. se pasan los meses sin verse; ni ganas)

En tal organización de la familia, verdaderamente «fin de siecle,» los hijos son un estorbo, y frecuentemente se prescinde de ellos por medio de abortos criminales.

El doctor Floquet, médico del Palacio de Justicia, ha publicado recientemente un interesante folleto sobre el asunto «Constance Thomás—Floury.»

Nada menos que 53 personas comparecerán ante la «Cour d'Assises» complicadas en abortos artificiales.

El aborto provocado por la mujer seducida, que tiene que destruir el fruto de la seducción para conservar su honra, tiene cierta justificación: pero entre esas 53 personas de que habla Floquet hay muchas mujeres casadas, que han querido evitar así las molestias de la maternidad, mujeres egoistas y sensuales en que el amor lascivo debe quedar siempre infecundo.

Lagueam en la Academia de Medicina, ha domostrado recientemente que la disminución de nacimientos legítimos débese más que á infecundidad al egoismo de las abortadoras y de los célibes.

Lefort atribuye el hecho á la sustitución frecuente del matrimonio por el concubinato, en las clases obreras; á las uniones ilegitimas en que se procura el aborto criminal.

«Las sociedades—ha dicho—tienen las costumbres que se merecen: el egoismo invade todas las esferas sociales: desmoralización arriba, sobreexcitación de apetitos abajo: tened el respeto y el culto de la familia: gozad menos: producid más.»

La desverguenza, la falta de respeto á lo que es digno de él, el descaro actual ha inspirado á muchos grandes escritores, amargas lamentaciones.

Julio Simón doliase anteayer en su petit «journal» del «Temps,» de algo de esto y recordaba con fruición los tiempos pasados que como Manrique, cree que eran mejor.

Búrlase del afán de la generación joven en denigrar y ridiculizarlo todo, y dice: «Creo que admirábamos mucho, cuando yo era joven: que denigramos mucho ahora, será tal vez porque entonces había más que admirar: pero creo también consiste en el tesoro de entusiasmo que entonces derrochábamos.

La mayor parte de nosotros no sabía más que admirar y creíase rodeado de grandes genios.

Victor Hugo era el más grande de los hombres: Karr, Méry, Gorlan, Soulié, eran hombres inmensos; todo cuanto ellos hacían llenábanos de júbilo.

En la música poníamos en las nubes el genio de Rossini, lo cual no nos impedía cantar la gloria de Weber, y la de Meyerbeer y estar convencidos de que no se podía tener más fecundidad ni más inspiración que Auber.

Inventábamos pretextos para presentarnos en sus casas.

Podría contar mi primera conversación con Victor Hugo: Tenia yo 20 años y la recuerdo como si fuera ayer.

Reconozco que éramos excesivamente ingenuos, pero nuestros sucesores son muy ingratos.»

***

Unas cuantas noticias teatrales. «El Gran Galeoto,» el hermoso drama de Echegaray que traducido por Jacques Lemaire, tan excelente acogida ha merecido de la dirección del Teatro Miguel de San Petersburgo, es probable que se represente también en uno de estos principales teatros. Aguárdase aquí con impaciencia el estreno en la Comedia, de Madrid, de «Realidad,» el drama de Galdós, que si como es de esperar, obtiene el merecido éxito, será traducido y adaptado á la escena francesa.

Tal vez sea éste el comienzo de una nueva era de prosperidades para el teatro español, que languidece horrorosamente.

En España sobrá ingenio y es lástima que se arrincone el propio y se traduzca tanto el ageno, que merced á estas preferencias adquiere prosperidad y desarrollo envidiable, alcanzando productos que ahí parecen fabulosos.

Gustavo Moser, el autor de la comedia «Guerra en tiempo de paz,» ahí tan conocida, porque la han traducido Ramón Alvarez Tubau y Emilio Mario este último con el título de «Militares y Paisanos,» ha ganado doscientas mil pesetas con esta sola obra.

Para llegar á conseguir tal resultado, no basta el ingenio, se necesita una gran laboriosidad: no todas las obras «pegan» y hay que escribir muchas para que salga alguna así.

Moser tiene 67 años y lleva escritas 87 comedias

ANTONIO DE LA VEGA.

4 Marzo 92.

LA MADRE ESPAÑOLA

I.

¿Quién, en el mundo, no ha sido objeto del intenso amor de la madre?

Recuerdo con placer como la mía recibía en sus brazos á mis hermanitos menores, sonreía y les acariciaba cuando en la lactancia, incapacitados de valerse por sí mismos, prodigaban molestias en sí pesadas.

Para ella lo mismo, era consagrarles el día que la noche para ofrecerles sus cuidados, cuando una inesperada fiebre les invadía, una indigestión les torturaba, ó una congestión cerebral ponía en peligro su existencia. Se impresionaba fuertemente, pero sin perder su calma y serenidad, se ponía activa, cabilosa, hacendosa en sus remedios; consultaba cuando los ignoraba, llamaba al médico aun cuando fuera media noche y le fuera preciso correr por él; luego, con una paciencia suprema, con acierto y sin confundirse, aplicaba sus prescripciones, propinaba la poción, alternábala con la bebida. La corona de su paciencia era el pronto

---

—La conoceis? preguntó el bersaglieri, extrañando que un desconocido de tan mal aspecto, se permitiera darle consejos.

—Yo sé, dijo Della Porta, que los paisanos de Monte-Terminio están de acuerdo con vuestros enemigos. Esta es una simple indicación; tomadla ó desechadla, según os acomode.

—Bueno, dijo el soldado, que se marchó á paso de carga.

A su vez los dos amigos volvieron al campamento, hallando efectivamente á Mariuccia ocupada en indicar á la fuerza pública, una dirección completamente opuesta á la de la casa Selvática. Los oficiales se consultaban entre sí; acababan de recibir de Nápoles la orden de registrar todas las casas de las cercanias.

Mariuccia, sentada sobre la mochila de un militar, se embadurnaba los labios con moras silvestres, cogidas en las zarzas de alrededor. El bersaglier acababa de repetir á sus jefes las advertencias de Della Porta. Al oir esto, Mariuccia se hizo sospechosa; comprendiendo que las cosas tomaban mal aspecto para ella y para su hermano, trató de desaparecer, pero era demasiado tarde.

Se la guardaba de vista.

Dos centinelas se paseaban á derecha é izquierda; se le hizo comprender que si trataba de evadirse, lo pasaría mal.

—Traidor, murmuró al oido de Della Porta, cuando éste le volvía la espalda.

remos todo el pescado de la Mergellina, y nos beberemos todo el Capri de la *Corona di ferro*. Pero, apropósito, de volver, es menester desembarazarnos antes de ese pirata de Fra Giacomo. Se ha divertido ya bastante á nuestra costa? Os acordais del café de Europa? Qué escena de comedia.

Al oir estas palabras, el banquero se halló perplejo entre el deseo de facilitar las pesquisas de la policía, y cierta delicadeza de conciencia que le impedía denunciar el sitio en que se había refugiado Fra Giacomo. Abusar de las confidencias de Mariuccia, pareció á Della Porta una acción vituperable.

Contestó vagamente á las preguntas de M. de Maugis, referentes al camino que habría seguido Fra Giacomo. Estas vacilaciones hubieran dado que pensar al Teniente, si la conversación no hubiera sido interrumpida por un bersaglieri, que venía á anunciar que la tropa se pondría en marcha al romper el día.

—Ha habido noticias? preguntó M. de Maugis.

—Sí, respondió el soldado; se asegura que ha sido descubierto el escondite de Fra Giacomo. Hemos adquirido noticias por una campesina que viajaba á la luz de la luna, y que ha sido cogida por nuestros centinelas.

—Apostaría á que es Mariuccia, se dijo Domenico.

Y añadió en voz alta:

—Hacedme el favor de no creer una palabra de cuanto diga esa mujer.

Una canción de su país natal vino á su memoria y se puso á cantar algo que se parecía, es menester confesarlo, á la romanza de Leoncio de Orfeo en los infiernos.

—Anda! hiere! dijo Mariuccia á su esposo.

—Déjame hacer, respondió éste.

Se levantó, y rápido como el pensamiento se arrojó sobre el oficial estupefacto; pero en vez de darle de puñaladas, se puso á abrazarlo con todas sus fuerzas diciendo:

—René, mi querido René, por fin os encuentro.

Mariuccia no menos asombrada contemplaba el desenlace de aquella escena.

—Mil clarines! dijo René de Maugis, sabeis mi apreciable amigo que no soy de vuestra opinión? Empiezo á creer que hay bandidos.